

encuentran en un oscuro del bosque, y se aman... para seguir después cada cual su camino?

CLEIA (*conmovida*). — ¿Por qué no ha de ser así?

ESOPO. — Porque hay dentro de mí algo que el vergajo no ha podido arrancar, algo sutil, imponderable, que hace más duros los castigos y alza lo irreparable frente a todos los placeres.

CLEIA. — ¿Y qué es?

ESOPO (*hondamente*). — El remordimiento, el remordimiento, querida mía, lejana amante imposible. El remordimiento, que nos hace buenos; pero que no hace el mundo amable para nosotros. El remordimiento, que nos hace bajar los ojos al simple ofrecimiento de un placer, a unos labios que casi se nos entregan, a unos ojos que casi nos apresan como si fueran manos... (*Patético*.) Es esto, Cleia. ¡Esto, sólo esto! Apártate, apártate de mí, ¡oh, hermosura de aurora, soplo de viento del mar, luz del sol sobre los mármoles del templo, agua fresca al borde del camino! Apártate de mí, cantar de los pájaros, blanco navío envuelto en lejanía, estrella fugaz... Apártate, apártate, amor, vida... para que yo siga siendo yo mismo... Yo, solo.

CLEIA (*acariciándolo*). — Pobre Esopo. Nada te separa de la belleza. Aquí está, contigo. Tómala. (*Con súbito arrebatado, con trémula ternura, Esopo le acaricia el rostro y los cabellos, como si Cleia fuera un ídolo o un niño. Pero, de pronto, se estremece y tiembla, retira bruscamente sus manos, da un paso hacia atrás.*)

ESOPO. — No.

CLEIA. — ¿Nada más?

ESOPO. — Nada más.

CLEIA (*tras una pausa*). — ¿Sabes que Xantos va a hacerte azotar?

ESOPO. — ¿No perdona, cuando alguien le rehusa su mujer?

CLEIA. — Soy yo quien no perdona. (*Breve pausa*.) Voy a decirle...

ESOPŌ (*interrumpiéndola*). — ... Que me he atrevido contigo, que te he hecho proposiciones, que me has rechazado y que exiges el desagravio a tu honra.

CLEIA. — Eres inteligente. Eso es lo que voy a hacer.

ESOPO. — Las mujeres sois así. Ahora, yo he pasado a ser las uvas, y tú, la zorra. Estoy verde... No pierdas tu ocasión. Véngate.

CLEIA. — Me vengaré, sí... por ser tan tonto. Eres esclavo, eres feo... te ofrezco el placer y lo desdeñas. ¡Mereces el castigo! (*Por la puerta del fondo entra Xantos precipitadamente.*)

XANTOS. — ¡Esopo!... ¡Esopo! ¡Sálvame, Esopo! ¿Te acuerdas de que ayer me emborraché con aquel desconocido...? ¿Te acuerdas de que le dije que sería capaz de beberme el mar entero? ¿Te acuerdas de que escribí y firmé que si no lo hacía mi casa sería suya?... Ahora exige que cumpla lo que le prometí. Les ha enseñado a todos mi escrito...; y todo el pueblo de Samos está reunido en la plaza, esperando que yo me beba el mar. ¡Se ríen, Esopo...! Se ríen de mí, se ríen a carcajadas.

ESOPO. — ¿No sabes soportar la risa? Todos los días se ríen de mí, en mi cara.

XANTOS. — ¿Qué he de hacer, Esopo? (*Sollozando*.) Mi casa, mi jardín, todo... ¿Qué puedo hacer?

ESOPO. — Bébete el mar, Xantos.

XANTOS. — ¡No es el momento para bromas! (*Amenazador*.) Dime lo que he de hacer, porque si no...

ESOPO (*cruzándose de brazos*). — ¿Me haces azotar...?

Pues bien: no sé lo que ha de hacer... Llama al etíope.
(Breve pausa.) ¿Qué esperas?

CLEIA (que ha permanecido aparte).— Sí, Xantos. Hazlo azotar.

ESOPO (a Xantos).— Si te digo lo que tienes que hacer, ¿me libentarás?

XANTOS.— Lo juro.

CLEIA.— Hazlo azotar, Xantos. Tortúralo. ¿Sabes lo que ha hecho? Me ha querido seducir con agasajos. Me ha dicho que si yo era suya, él se sentiría vengado de ti.

XANTOS (estupefacto, a Esopo).— ¿Tú...?

ESOPO.— Es la verdad, filósofo. Arranca a tu sabiduría la única inspiración que los dioses ponen en tu cabeza: la cólera.

CLEIA.— Xantos... ¡Me ha insultado a mí, tu esposa!

ESOPO (a Xantos).— Azótame. Golpéame, sobre todo la cabeza, para que me vuelva idiota y ya nunca más pueda encontrar una solución para tus dificultades. ¡Vamos...! Hazme apalear. Y luego, vete a beber el mar si no quieres perder todo lo que tienes.

CLEIA.— Esta es el arma que tenía contra ti, Xantos. Sabía que lo ibas a necesitar, y ha venido a cobrarse el precio en mí, ¡en tu mujer!

ESOPO (a Xantos).— ¡Vamos, decidete!

XANTOS (a Cleia, indeciso).— ¿Y nuestra casa, Cleia?

ESOPO (a Cleia).— Irás a vivir a la intemperie con tu filósofo. Va a ser bueno para él... Tal vez consiga parecerse a Diógenes. (A Xantos.) ¿Por qué no te vas a vivir al tonel que te bebiste ayer?

XANTOS (suplicante, las manos en la cabeza).— ¡Mi casa...!

CLEIA.— ¿Qué vas a hacer, Xantos? ¿No nace de tu cabeza ni una sola idea?

XANTOS.— ¿Crees que mi cabeza es la de Júpiter, de la que nació Minerva?

CLEIA.— Xantos, busca una solución, demuéstrole que no lo necesitas... ¡Ponle los cepos, rómpele los huesos!

XANTOS (transtornado).— ¿Una solución?... ¿Cuál, mujer? Yo soy un filósofo, no entiendo de las cosas prácticas de la vida... ¡Tú tienes la culpa de que me haya pasado esto!

CLEIA.— ¿Yo...? ¿Por qué?

XANTOS.— ¿Por qué no me impediste beber? ¿Por qué me dejaste recibir a ese desconocido? ¿Por qué le honraste, lavándole los pies? (A Esopo.) ¿No es así, Esopo? (A Cleia.) Tú eres demasiado amable con todos.

ESOPO.— Cleia no es precisamente una mujer amable.

XANTOS.— Sí, lo es... Es amable con todo el mundo. (Lloriqueando.) ¡Mi casa, Esopo!

ESOPO.— ¡Bébetelo mar, Xantos!

XANTOS.— Esopo... Lo que le hayas dicho a mi mujer, ¿sabes...? nada. Ha sido una de tus bromas, ¿no es cierto? Ha sido una fábula, lo sé.

CLEIA (con vivo tono de reproche).— ¡Xantos!

XANTO (a Cleia).— ¡Sí, sí...! ¡Ha sido eso! Conozco bien a Esopo; es así, bromista. Pero incapaz de hacer una cosa fea.

ESOPO.— Bébetelo mar, Xantos.

XANTOS (a Esopo).— Tú sabes la admiración que te tengo, y sabes lo que vale ser admirado por un filósofo... Tú eres un poeta, el más grande de los poetas griegos, más grande que Píndaro... más que Homero.

ESOPO.— ¡Bébetelo mar, Xantos!

XANTOS.— A un poeta le están permitidas ciertas licencias de palabra, ciertas imágenes.

CLEIA.— Esopo, aquí, no es un poeta... Es un esclavo.

XANTOS (a Cleia). — ¿Qué entiendes tú de poesía? (Dándose vuelta hacia Esopo, buscando su complicidad.) La poesía es para los hombres, ¿no es verdad, Esopo? Nosotros sabemos el valor de un verso, de una frase elocuente. Tus fábulas, por ejemplo.

ESOPO. — ¡Bébetelo el mar, Xantos!

CLEIA. — Este esclavo te ha traicionado. ¡Exijo que le castigues!

XANTOS (interrumpiéndola, impidiéndola hablar). — ¡Estás exagerando, criatura de Júpiter! No ha traicionado nada.

CLEIA (a Xantos). — ¡Cochino! ¡Cobarde!

XANTO. — ¡Cállate, mujer, si no quieres que te haga azotar a ti...! Esopo, te lo ruego, ¿qué debo hacer para no perder mi casa? Esopo... Nosotros hemos sido siempre tan amigos, hay una tal comprensión de nuestras almas... ¡Eres mi mejor amigo!

ESOPO. — ¡Por todos los dioses, Xantos! Soy el más grande poeta de Grecia, soy incapaz de seducir a tu mujer... y acabará también pareciéndote que no soy tan feo.

XANTOS. — ¡Y no lo eres, esa es la verdad! Con nuestra convivencia, he ido viéndote mejor, mirando tus rasgos, analizándolos... He observado tu nariz clásica, griega, gréguisima; la línea de tus labios, el diseño espiritual de tus cejas, la gracia de tu porte... y llegado a la conclusión de que eres hermoso. Es más... Tu belleza es difícil, es rara, una de esas bellezas que sólo personas de gusto exquisito pueden apreciar, como algunos contornos de las estatuas de Fidias, algunas armonías del Partenón, un cierto no sé qué de las obras de Praxíteles... (Contento de su hallazgo.) ¡Esto es! Del Apolo de Praxíteles...

ESOPO (estallando). — Bébetelo el mar, Xantos. El mar entero... Y ni siquiera eso castigará tu descaro. ¡Mírame bien! ¿Yo un Apolo? ¡Yo...!

XANTOS. — Quizá haya exagerado un poco. Pero...

ESOPO. — ¡Soy feo! ¿Me óyes? Feo, lo que se dice feo... Feo hasta llorar, cuando me veo en los espejos. Soy horrendo, monstruoso... Soy hijo de la hidra, de la quimera, del minotauro, de cuanto la maravillosa Grecia ha podido crear de feo.

XANTOS (suplicante, sollozando). — ¡Mi casa... mi casa!

ESOPO. — Pero no te engañes... Mi fealdad no impide que algunas personas puedan sentir piedad por mí... y simpatía, y hasta amor. ¿Sabes por qué? No lo sabes, filósofo; y voy a decírtelo... Porque hay quienes son por dentro tan feos como yo lo soy por fuera. ¡Bébetelo el mar, Xantos, para ahogar la fealdad que tienes en el alma!

XANTOS. — ¡Te liberto...! Si me dices lo que he de hacer para no perder mi casa, te doy la libertad.

ESOPO. — ¿No es lo que me darías si te dijera lo que has de hacer para no perder a tu mujer?

CLEIA (a Esopo). — ¡No me ofendas más, Esopo! (A Xantos.) ¿Dejas que este monstruo me desprecie? ¿No te das cuenta de que me humillas?

ESOPO (a Xantos). — Si no me haces azotar, es porque finges no creer lo que tu mujer te ha contado de mí... Serás un hombre sin honor. Elige: ¿qué quieres? ¿Tu casa o tu honor?

XANTOS (a Esopo, por Cleia). — ¡Te juro que no le creo! Tú sabes cómo son las mujeres... A lo mejor es ella misma la que te dice cosas.

ESOPO (con sorpresa). — ¿Cómo?... (Breve pausa.) En fin, por algo eres filósofo.

CLEIA. — ¡Me estás insultando, marido! ¡Todos me insultan!

XANTOS. — Esopo... ¿No quieres tu libertad?

ESOPO. — Xantos... ¿No quieres tu honor?

XANTOS. — Escucha, Esopo, mi mejor amigo... Escúchame.

ESOPO (*airado*). — ¡No vuelvas a llamarme hermoso! No me injurias.

XANTOS. — Escucha... Admitamos que tú la hayas... cortejado. Al fin y al cabo, eres un hombre, ¿no? Soy yo quien debía ser más prudente... ¿Comprendes? Cleia ya me lo ha contado, tú no lo volverás a hacer, es asunto concluido, y lo damos todo por olvidado. ¿No te parece? (*Con brusca transición.*) ¡Mi casa, Esopo...! ¡Mi casa!

ESOPO. — ¿Y si te dijera que ha sido ella, ella, la que ha querido seducirme? (*A un mirada de Cleia.*) ¡Ella, sí!

CLEIA. — ¡Insolente!

ESOPO (*apuntando a Cleia con el índice*). — ¡Ella!

XANTOS. — No es posible.

ESOPO. — ¿Por qué no es posible?

XANTOS. — Porque tú eres feo.

ESOPO. — Entonces... ¿soy lo bastante hermoso para defender tu casa y demasiado feo para acostarme con tu mujer?

XANTOS (*desconcertado, a Cleia*). — ¿Has hecho lo que dice Esopo?

CLEIA. — ¿Y si lo hubiera hecho?

XANTOS. — No... No. No lo creo. Habrá sido una locura, un momento de tontería, de devaneo... o de pura broma. ¿No es así, Esopo? ¿No es así, querida? Asunto terminado... No se piense más en eso... Acabado. (*Con brusca transición.*) ¡Mi casa, Esopo! Esto es lo que importa... ¿Qué he de hacer...? Dímelo, y te daré tu libertad.

ESOPO. — No quiero mi libertad, ahora. Sería demasiado sucio. Voy a decirte lo que tienes que hacer para salvar tu casa. Voy a decírtelo gratis.

XANTOS (*con ansiedad restregándose las manos*). — ¿Cómo es...?

CLEIA (*con un gemido de humillación*). — Xantos, no aceptes.

XANTOS (*a Cleia, violento*). — ¡Calla! (*A Esopo.*) Habla.

ESOPO. — Vete a la playa... preséntate ante el pueblo. Dile que prometiste beberte el mar y que cumplirás tu promesa. Bébetelo el mar, Xantos.

XANTOS. — ¿Beberme el mar?

ESOPO. — Prometiste beber el mar... Ratifica tu palabra: el mar. Pero sólo el mar... No las aguas de los ríos que van hacia el mar. Tienes que decir: "Separen las aguas de los ríos de las aguas del mar, yo me beberé toda el agua que el mar tenga."

XANTOS (*como iluminado*). — Y como nadie puede hacer eso, el capitán de guardias no podrá reclamar mi casa... ¡Qué idea! ¡Qué fabulosa idea! Voy ahora mismo... ¡Ya! (*Disponiéndose a salir.*) Qué cara van a poner, ¿no?

CLEIA (*deteniéndolo*). — Xantos... (*Por Esopo.*) ¿No vas a ordenar que lo azoten?

XANTOS. — ¿Azotarle...? (*Mirando a Esopo.*) ¡Pobre! ¿Por qué?

CLEIA. — ¡Ah...! ¿No vas a hacerlo? (*Con brusca cólera.*) ¡Puerco! Me iré de aquí para siempre... ¡Quédate con tu esclavo, Xantos! (*Cleia, sale. Xantos y Esopo se miran. Xantos inmóvil un instante, va hacia el gongo, toma la maza y lo golpea. El esclavo etíope aparece.*)

XANTOS (*al etíope, por Esopo*). — Azota a este hombre. (*Xantos sale.*)

CAE EL TELÓN.

TERCER ACTO

El mismo decorado. En escena, MELITA y el ETÍOPE. El esclavo está en pie, con los brazos cruzados, en medio de la sala.

MELITA. — Tú no me comprendes, etíope; pero yo te comprendo. (*Acomoda una jarra y se da vuelta, luego, hacia el etíope.*) ¿Me comprendes? (*El etíope permanece impasible.*) No. Cambias de amo y no discutes razones. Obedeces. Yo hago lo mismo, ¿sabes? Con una diferencia: yo espero. Esopo, no. Esopo, desespera. No quiere más que ser libre. Yo quiero ser libre, rica y querida. (*Breve pausa.*) ¿Tú no eres así, no deseas nada...? En tu país, entre los tuyos, cuando eras libre, ¿qué hacías? Luchabas contra un león, y lo matabas. Dabas cara a las fieras, con sólo una lanza en la mano... ¿Y ahora? Nada... Nada. Ni un gesto de rebeldía. ¿Será que tú eres así? Aunque nadie lo sospeche en tus ojos, ni en un frunce de tu boca, ¿no hay dentro de ti una voluntad de ser libre, de saltar fuera de este círculo de mármoles de una ciudad que desconoces y que odias? (*Breve pausa.*) O quién sabe si te consuela la venganza de amarrar a Esopo, desnudo, en un poste, y rajarle las espaldas con el látigo. Es curioso... Acaba gustando eso de provocar el dolor, ¿no? Eso da la sensación de poder. (*Breve pausa.*) Pero el poder no es eso. Poder es amar. ¿Tú has querido ya, etíope? Tiene que ser gracioso ver

cómo quieres... ¿Sabes amar, tú? (*Levemente, el pecho del etíope se abomba, y las aletas de la nariz tiemblan.*) ¿Sabes cómo se toma a una mujer en los brazos? ¿Sabes rodearle la cintura con un solo brazo, dejando el otro libre para las caricias...? (*El pecho del etíope se hincha; sus aletas, vibran.*) No, tú eres un salvaje. Quizá seas, en el amor, hermoso como un potro violento... pero no debes saber esperar a que la mujer se desmaye sobre tu pecho, como una rosa exhausta. (*El pecho del etíope se hincha; las aletas de su nariz, vibran.*) La civilización no es más que esto, etíope: un refinamiento en los placeres de la sangre. Ya lo sé: no me comprendes... ¡Torpe! Tu tacto debe ser pesado como una piedra. Tus músculos no saben amoldarse a un cuerpo femenino como si fueran un gran lienzo de carne. Tu boca, además de morder otra boca, ¿conoce otros besos? Me lo imagino: para ti, el beso, apenas si es un gesto de equilibrio. (*Mirándole con deseo.*) Pero también debes ser ardiente y fecundo como una semilla metida en la tierra. (*El pecho del etíope, jadea; las aletas de su nariz, tiemblan.*) Y bien: ¿qué esperas? ¡Bésame! (*El etíope permanece inmóvil. Ella se pone frente a él, provocativa, para recibir el besa.*) ¡Bésame! (*Por la puerta del fondo, apresuradamente, entra Cleia.*)

CLEIA. — ¿Xantos ha llegado...? (*Al advertir la actitud de Melita, se detiene y se calla. Melita, que ofrecía su boca al etíope, se aparta de él.*) ¿Te ofrecías al negro? (*Melita hace un gesto. El etíope, sale.*)

MELITA. — ¿Y qué...? No creo que esto te importe. (*Una pausa de recelo.*) ¿A qué has vuelto? Cuando se dice "me voy de esta casa para siempre", debía ser para siempre.

CLEIA. — No tengo que darte cuenta de mis actos. ¿Dónde está Xantos?

MELITA. — Como puedes ver, no está.

CLEIA. — ¿No ha venido aún de la playa?

MELITA. — ¿Estaba en la playa?

CLEIA. — Contaba al pueblo su truco para no beberse el mar.

MELITA (*alegre*). — Entonces, ¿no perderá la casa, ni su fortuna, ni los esclavos?

CLEIA. — No, Melita. Seguirás sirviendo al filósofo a quien quieres. (*Breve pausa.*) Tú le quieres, ¿no es cierto?

MELITA. — Te lo ruego... No hablemos de eso.

CLEIA. — ¡Tonta! ¿Por qué no lo enamoras? Sería mejor que seducir al negro.

MELITA. — ¿Qué interés tienes en que enamore a tu marido?

CLEIA. — ¿Sabes que el pueblo pide la libertad de Esopo?

MELITA (*sin entender*). — ¿El pueblo...? (*Comprendiendo.*) ¡Ah...! Tú quieres irte con Esopo.

CLEIA. — Si tú enamoras a mi marido, Melita, yo sería libre... y Esopo sería libre. ¿Comprendes?

MELITA. — Comprendo.

XANTOS (*hablando indignado fuera de escena*). — ¡Es absurdo! No lo hago... ¡No lo haré (*Entra Xantos, seguido de Agnostos.*) ¡No lo hago! (*Al ver a Cleia.*) ¡Ah, Cleia...! ¿Has venido? ¡Qué bien! (*Volublemente, a Cleia, cambiando de tono.*) ¿Te imaginas...? Quieren que liberte a Esopo.

CLEIA. — ¿Qué te cuesta complacer al pueblo? Si no lo haces, nadie te respetará más en esta ciudad.

XANTOS (*a Cleia*). — ¿Tú también...? ¿Por qué? ¿Qué afán pones en esto? ¿Quieres irte con él?

CLEIA. — Xantos, haz lo que el pueblo te pide... Y repúdame, sin preguntarme dónde voy.

XANTOS (*a Agnostos*). — De modo que... ¿he recuperado tan sólo mi casa?

AGNOSTOS. — Y tu fortuna.

XANTOS. — ¿Pero he de perder mi mujer y mi esclavo?

AGNOSTOS. — Lo de tu mujer es problema suyo. En cuanto a tu esclavo, he venido aquí para hacerte cumplir el deseo del pueblo.

XANTOS (*indignadísimo*). — ¿Qué pueblo es éste, que quiere que pierda lo que es mío?... ¿Acaso han tomado el poder? ¿Está ya repartiendo los bienes de los ricos?

AGNOSTOS. — No... que para eso hay guardias como yo. Lo que el pueblo quiere es que libertes a Esopo. Solamente a Esopo.

XANTOS. — ¡Es mío! (*Entra Esopo, seguido de Melita. Al verle, Xantos se acerca a su esclavo, y le pone la mano en el hombro, como significando su dominio. A Agnostos.*) ¡Mío! ¿Entiendes?

CLEIA (*a Esopo, rápidamente, como si temiera que le fuesen a ocultar la verdad*). — ¡Esopo...! ¡El pueblo exige que Xantos te liberte!

ESOPO. — ¿El pueblo...? ¿Por qué, el pueblo?

CLEIA. — El pueblo se dio cuenta de que fuiste tú quien enseñaste a Xantos a zafarse de su promesa de beber el mar. Chisipo lo proclamó: "Esto ha sido idea del esclavo Esopo. Xantos no es capaz de encontrar una salida tan aguda."

ESOPO (*a Xantos*). — Discúlpame, Xantos (*A los otros.*) ¿Qué más?

CLEIA. — Entonces el pueblo comenzó a gritar: ¡Que liberten a Esopo! ¡Que liberten a Esopo!

ESOPO. — Si es así... (*Mirándolos a todos.*) ¿Soy libre?

XANTOS. — No (*Breve pausa.*) Me perteneces.

CLEIA. — ¡Libértalo, Xantos!

XANTOS. — Quieres irte con él, ¿no?

MELITA. — Libértalo, Xantos. Y a ella, échala. No es digna de ti. Deja que se vaya con este esclavo.